

---

# REVISTA

DE

# ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

---

## SUMARIO

Sociología.—La idealidad en la vida.—Levántate, Pedro, mata y come.—Los recuerdos de M. Augusto Bedloe.—La religión laica.—Crónica.

---

## SOCIOLOGÍA

Quiere la sociología aprovechar las verdades del comunismo, del socialismo, y del individualismo, y expurgar los errores de todos estos sistemas. Y aún va más allá en sus deseos.

Es una obra de pacificación. Sabemos que los socialistas hacen individualismo bien entendido, cuando difunden los derechos naturales, el progreso, el desarrollo del ser lo más amplio posible, la libertad, la emancipación de la ignorancia y la miseria, la autonomía y la iniciativa personales y sociales según aptitudes y variedades de vocación. Y aún van más lejos, cuando en virtud de la *ley de conservación de la vida* quieren el respeto de esta. En tal sentido son CONSERVADORES, no de los privilegios, si de sus derechos.

Sabemos también que los individualistas hacen socialismo bien entendido, cuando difunden la sociabilidad progresiva, la federación autónoma, el asociacionismo perfectible, la filantropía societaria, la caridad iluminada por la ciencia, ó bien cuando integran esta por el CONCURSO COLECTIVO. En las Cajas de Ahorros, Seguros de vida, Seguros y Socorros mutuos, cooperaciones de consumo, crédito, producción; ó combinadas: sociedades accionarias, cocinas económicas, menajes colectivos de colegios y otros, servicios de restaurants y hoteles, servicios de fuentes, ó vías férreas, ó ensayos superiores de Armonía del capital y del trabajo, los individualistas de hoy no hacen más que realizar lo que los socialistas más fecundos han desarrollado tan ricamente hace tres cuartos de siglo ó medio siglo atrás.

Todos, pues, queremos una misma cosa: marchar hacia Dios por la ciencia y el bien.



¿Por qué los individualistas hacen socialismo en grande escala al difundir el crédito y la cooperación, ó los seguros? ¿Y por qué los socialistas son autonomistas entusiastas en sus teorías de emancipación, progreso y libertad?

Porque tenemos leyes complejas morales y económicas que cumplir; y las necesidades naturales y espontáneas, la expansión de facultades, el desarrollo del sér, se sobrepone á las preocupaciones de escuelas, dominándonos á todos reflexiva ó inconscientemente las auras de libertad, de fraternidad, de igualdad, de unión, de SOLIDARIDAD y de renacimiento armónico, que crece y conquista las almas encadenándolas por el amor y la justicia.

Hemos, pues, llegado á una época en que no deben ser palabras vanas los modernos Eclecticismos y Armonismo; y la Ciencia, vanguardia del progreso inteligente, debe con conciencia, tomar las riendas directivas, y prescindiendo de palabras tomar lo bueno donde lo halle y rechazar lo malo donde se encuentre. Por este camino es seguro que hemos de hallar sociólogos, que sin llamarse así, posean la sociología más perfecta, en cuanto integren y cumplan del mejor modo las leyes de sociabilidad y de progreso individual, base del colectivo. Uno de esos apóstoles será Allan Kardec, porque *las leyes morales del libro de los Espíritus*, el *Evangelio según el Espiritismo*, y la *Solidaridad* extensa, de esta doctrina, se hallan indudablemente en las mejores disposiciones para *hacer hombres nuevos*, condición precisa para superiores evoluciones sociales. Los espiritistas, pues, somos también sociólogos; aportamos nuestro grano de arena al montón; y poseemos nuestra alquimia societaria en un edificio que no está cimentado sobre arena sino sobre la roca firme de «llevar á la sociedad las cualidades que adquiramos los individuos,» «y no aceptar sino las verdades que hayan llegado al estado práctico, y hayan salido del dominio de la utopía.»

Estudiantes de las leyes del elemento espiritual, se podrá marchar sin nosotros, pero no sin nuestra querida doctrina. Esto nos basta; porque donde ella se invoque estará nuestro corazón, aunque la intransigencia sectaria quisiera expulsarnos pidiendo un imposible, y haciendo girones la bandera de LA SOLIDARIDAD con arrebatos de contradicción.

Brindamos, pues, con la paz; nos unimos á las corrientes del siglo; engrosamos las filas de la ciencia real; y á los conatos contemporáneos de fusionar en la Sociología ó Ciencia Social, la Política, la Economía, la Estética, la Moral, el Derecho, y con esto lo útil, lo bueno, lo verdadero y lo bello, haciendo un destino unitario y total de los destinos parcelarios de cada esfera; respondemos satisfactoriamente proponiendo el Espiritismo como núcleo central de adhesiones. El nombre no es sólo *sociable*, es religioso, y la religión no consentirá en abdicar sus fueros á los pies de la Sociología; es filósofo, y la filosofía y la historia serán siempre con *la lógica* las madres de todas las ciencias, y no sus hijas.

Como concepción general se necesita, pues, un campo *central* á todas las opi-



niones, y á la vez *común* á ellas; y estas condiciones sólo las ofrece á nuestro juicio el Espiritismo por las circunstancias especiales de su SOLIDARIDAD, es decir, de la interpretación que hace de la solidaridad universal.

El destino terrestre es *una parte* del destino interplanetario. No sólo somos sociólogos de la tierra sino del cielo; no sólo de los cuerpos, sino de las almas, de los ambientes, de los fluidos y fuerzas, de los intereses morales del universo, de donde nos vienen las leyes morales que hemos de cumplir.

La Sociología sin Espiritismo es un retazo de So'ldaridad mezquina, que, como la hormiga ó la abeja, circunscribe su faena orgánica al silo subterráneo, ó á la colmena del huerto.

Las leyes del trabajo, y de la economía, y de las relaciones armónicas son universales.

Cultivemos, pues, con cariño esta interesante rama de los conocimientos modernos; pero «*la buena filosofía del interés*» no debe olvidar lo principal y eterno por lo secundario y transitorio. Ayudémonos mutuamente, y la Ciencia será también obrera del amor, de la paz y la libertad.

---

## LA IDEALIDAD EN LA VIDA

---

Cansados estamos de oír continuamente: «Nada de filosofías, nada de hipótesis sin realidad; todas ellas son idealismos del pensamiento, fantasías de la imaginación que pretende hacer valederas las abstracciones metafísicas, tales como Dios y el alma. Lo que hace falta son hechos, no abstracciones, hombres prácticos, y no soñadores filósofos que emplean el tiempo en investigar la esencia de las cosas. Pues que hemos de vivir aquí abajo, no nos preocupemos de lo que hay allá arriba; ya que la naturaleza nos ha colocado en este mundo material, conduzcámonos como seres materiales, procurando alcanzar el mayor bienestar posible sin hacer caso de otros bienes extra-terrenales, que maldito para lo que sirven en la vida.»

Estas son, poco más ó menos, las palabras que se repiten en todas partes; y lo peor del caso no es que se digan, sino que constituyen el criterio moral de muchas gentes. Para éstas hay dos clases de hombres: teóricos y prácticos; los primeros, idealistas, soñadores, que pierden inútilmente el tiempo dejando vagar la imaginación sobre cosas muy bonitas, pero que no existen; los segundos, verdaderos hombres prácticos, se dedican á emplear su tiempo en algo positivo que satisfaga las necesidades más ó menos perentorias de nuestra existencia, lo mismo para alimentar y vestir al cuerpo, que para dotarle de toda clase de *confort* y comodidades.



Y este criterio se aplica también á la esfera del arte y se proscribe todo lo que sea ideal, reduciendo su objeto y finalidad á ser mera imitación de la naturaleza. No es esto lo peor, sino que entendido por algunos espíritus estrechos que en la naturaleza sólo el mal tiene realidad y el bien únicamente por excepción, pretenden que la verdadera realidad es la expresión de lo más grosero y bajo que el hombre produce en la vida; así, en la novela, en el drama ó en el cuadro, no dan á conocer el heroísmo, la abnegación y el sacrificio, ni siquiera la virtud del que se esfuerza por ayudar á sus semejantes; representannos los tipos de la sensualidad y embrutecimiento más atroz, no entremezclados con otros buenos, tal como en la vida los distinguimos, antes bien, harajados con los que expresan el egoísmo más frío, la avaricia más sórdida y la abyección más repugnante.

Urge oponerse á esta corriente avasalladora de positivismo que nos rodea, y que se refleja en todas las múltiples manifestaciones de la actividad.

Con efecto; no hay más que fijarnos en ese egoísmo desconsolador, base de la política, en esa lucha del más fuerte contra el más débil, en las ficciones y engaños que emplea la diplomacia, para ver cómo á pesar de todos los sofismas, el móvil de sus actos es siempre la ambición; y con esta mira se pactan tratados, se celebran alianzas y se despoja á pueblos enteros de su independencia.

En la filosofía, se desprecia todo lo más noble y elevado: Dios, el alma, la virtud, el progreso, no tienen otra realidad que la que les presta nuestra acalorada fantasía, y así que descansen nuestros huesos, en cuanto nuestro cerebro deje de estar caldeado por el fuego de la sangre, ya no habrá pensamiento, ni afecciones, ni nada; dejaremos de ser para formar parte de una planta ó de una flor.

No nos desanime nada de esto; antes bien, con los mayores bríos procuremos oponernos á esta filosofía de transición, cuyo criterio consiste en negar la existencia de la filosofía; á este idealismo al revés, que sólo quiere ver de la realidad el lado bajo y grosero de las cosas; á este positivismo de lo actual, de lo que se palpa, como si el hecho, lo del momento, lo que en un puesto ó en un pueblo puede constituir la norma de sus actos, pudiera erigirse como criterio de verdad, como ideal humano á través de todos los tiempos y de todos los siglos.

Con este mismo criterio el Cristianismo nunca hubiera triunfado, porque lo positivo en el mundo romano era la sensualidad más espantosa: un pueblo envilecido y una corte de magnates más envilecida aún. Pero la opinión de unos cuantos pudo más que el resto de los demás, porque en su apoyo contaban con la razón y la justicia. Así, nosotros, que un día y otro día, á pesar de todos los positivismos reinantes, venimos á proclamar muy alto que no son un mito las ideas generosas por olvidadas que estén y por poco que se practiquen, triunfaremos al fin, porque lo que es conforme con la naturaleza humana prevalece; y



todos esos positivismos ó realismos imperantes en un momento determinado, son más bien desviaciones del pensamiento en su marcha progresiva por efecto de escepticismos pasajeros. Cuando alguna creencia vacila, se duda de todo, como cuando una desgracia nos apena nos consideramos los más desgraciados; pero pasada la impresión se justiprecia mejor. Del mismo modo debemos pensar que no debe ser el llamado *positivismo* el ideal que informe nuestra vida y el ideal que informe el arte, porque hay otros móviles y otros guías más seguros que conducen á la humanidad en su progresiva marcha, y que este ideal no es, no, lo llamado *práctico* aunque se practique, sino lo *mejor* á lo actual aunque al momento no se realice.

MANUEL SANZ BENITO.

---

## LEVÁNTATE, PEDRO, MATA Y COME

*Visión profética de Simón Pedro en la azotea de Simón el curtidor de Joppe.*

*Capítulos X y XI de los Hechos de los Apóstoles*

Hay en estos dos capítulos del Nuevo Testamento, por lo menos tres fenómenos espiritistas de enseñanza científica, moral y profética: uno la visión del centurión Cornelio en Cesárea para que mandase á dos criados y su soldado asistente á buscar á Pedro; otro la visión del Apóstol en Joppe, y otro la sesión medianímica en Cesárea en casa de Cornelio, unidos los circuncisos con los gentiles, y derramándose en *todos* el Espíritu Santo. Los tres son fenómenos científicos espiritistas. La enseñanza está bien clara en su aspecto literal.

Tuvo por objeto unir los circuncisos judíos con los gentiles; enseñar á los primeros que á ningún hombre llamaran inmundo; que no titubeasen en ser amigos de los otros, hospedarse en su casa y comer con ellos; y que Dios no hace excepción de personas, cuando veían que la divina inspiración descendía sobre los idólatras, permitiéndoles que hablaran lenguas en estado de *trance*, como dicen ahora los norte-americanos.

En sentido espiritual, la enseñanza científica por cuadros fluidicos, encierra también una gran profundidad. Se refiere á las doctrinas que ofrece la filosofía en los banquetes del entendimiento con su cúmulo de aves, fieras y reptiles. El lienzo lleno de animaluchos mezclados con algunos nutritivos y sabrosos que vió Pedro en su éxtasis, es el símil de nuestras bibliotecas y periódicos.

«*Mata y come, Pedro*» —le dice el espíritu; que es como si le dijera: investiga la verdad, examina, elige y no desprecies nada. Es una parábola que en vez de ser expresada verbalmente, se comunicó plásticamente por un dibujo fluidico



visto en éxtasis. La ciencia moderna, que estudia hoy las fuerzas psíquicas, no tiene poco que admirar en los hechos del Evangelio.

La enseñanza espiritual de estos hechos, es como el consejo de san Pablo cuando nos dice: «*examinadlo todo, retened lo bueno,*» y como la parábola del buen samaritano que curó al enfermo en el camino.

Material y espiritualmente estos hechos medianímicos anuncian la solidaridad fraterna universal, el contacto de lo bueno y de lo malo, la igualdad ante las leyes naturales, el mutuo apoyo, la regeneración colectiva y la salvación universal por el progreso y la concordia, enlazándose lo superior con lo inferior; porque lo más selecto de la tierra es lo inmundo respecto á la Pureza Infinita.

Interpretado espiritualmente sobre elección de doctrinas que alimenten el alma, indica la tolerancia, el amor y la luz irradiando sobre pequeños y grandes; pero recordando el consejo de san Juan «no creáis á todo espíritu, mas probad si los espíritus son de Dios.»

Estas interpretaciones que damos á estos hechos, son sin duda individuales sin que abriguemos otra pretensión. Pero debemos decir que en el Evangelio consideramos infalible la enseñanza moral, y por lo tanto invariable; reputamos á Cristo como la personalidad superior de los humanos; juzgamos en él un conocimiento superior de las leyes morales á que no han alcanzado todavía los sistemas filosóficos; pero como á la vez los contenidos generales del Nuevo Testamento son progresivos, creemos tener un derecho de juicio propio en materias de fenómenos y otros pormenores; y si nuestro criterio procuramos atemperarlo á lo racional, no creemos que en lo expuesto digamos nada en oposición á la verdad de los hechos, una vez que aceptando las leyes que los producen, renace el Evangelio y reverdece con vitalidad exuberante, con admirable poesía, con profundidad científica y trascendencia moral y profética de los destinos.

El *mata y come* de Pedro, se está cumpliendo hoy en la labor de acarreo que para constituir la CIENCIA aportan todos los espíritus filosóficos; y se cumple también en la CONSTITUCIÓN COLECTIVA de los dictados del Espiritismo en todas las sectas y pueblos, separando el trigo de la zizaña.

El Evangelio es grande. Su triunfo es pasmoso.

Por eso dijo Allan-Kardec: «El Espiritismo considera la enseñanza de Cristo bajo un punto de vista muy elevado.»

Y tenía razón; porque en el Evangelio están los cimientos de la GRAN UNIDAD humana; allí están todas las verdades que más interesan al peregrino de la vida terrenal.

Los que no le conocen ó le desprecian, abandonan una de las primeras fuentes de la verdad y del bien, y el vínculo más poderoso de amor entre los hombres.



## LOS RECUERDOS DE M. AUGUSTO BEDLOE

HISTORIA EXTRAORDINARIA POR EDGARDO POE

Hacia fines del año 1827, mientras habitaba cerca de Charlottesville, en la Virginia, trabé conocimiento por casualidad con M. Augusto Bedloe. Este joven gentleman era notable bajo todos aspectos y excitaba en mí una curiosidad y un interés profundos. Creía yo imposible darme cuenta de su ser tanto físico como moral. No pude obtener sobre su familia ninguna indicación positiva. ¿De dónde venía? Jamás lo supe. Aun relativamente á su edad, aunque le he llamado joven gentleman, había algo que me impresionaba en alto grado. Ciertamente parecía joven, y aun afectaba hablar de su juventud; sin embargo había momentos en que no hubiese vacilado en suponerle un centenar de años. Pero sobre todo su exterior era lo que tenía un aspecto completamente particular. Era singularmente alto y delgado, inclinándose mucho; los miembros excesivamente largos y demacrados; la frente ancha y baja; una complexión absolutamente exangüe; su boca, larga y flexible, y sus dientes, aunque sanos, tan irregulares que jamás los he visto en ninguna boca humana. La expresión de su sonrisa alguna vez no era en modo alguno desagradable, como podría suponerse; pero no tenía especie alguna de matiz. Era una profunda melancolía, una tristeza sin fases y sin intermitencias. Sus ojos eran de una anchura anormal y redondos como los de un gato. Las pupilas mismas sufrían una contracción y una dilatación proporcionales al aumento y disminución de la luz, exactamente como se observa en las razas felinas. En los momentos de excitación, las niñas se ponían brillantes en un grado casi inconcebible y semejaban emitir rayos luminosos de un brillo no reflejado, sino interior, como hace una antorcha al sol: algunas veces, en su condición habitual, se ponían talmente tiernas, inertes y nubosas, que hacían pensar en los ojos de un cuerpo enterrado há largo tiempo.

Estas particularidades personales parecían causarle mucho enojo, y continuamente hacía alusión á ellas en un estilo semi-explicativo, semi-justificativo, que, la primera vez que le oí, me impresionó muy penosamente. Sin embargo, me acostumbré bien pronto, y mi disgusto se disipó. Parecía tener la intención de insinuar, más bien que de afirmar positivamente, que físicamente no había sido siempre lo que era; que una larga serie de ataques neurálgicos le habían reducido de una condición de belleza personal no común, á la que yo veía. Desde muchos años, recibía los cuidados de un médico llamado Templeton — un viejo gentleman de edad de setenta años, tal vez,—que por primera vez había encontrado en Saratoga, y de cuyos cuidados, en aquel tiempo, se creyó obtener un gran socorro. El resultado fué que Bedloe, que era rico, hizo un arreglo con el



doctor Templeton, por el cual este último, á cambio de una generosa remuneración anual, consintió en consagrar exclusivamente su tiempo y su experiencia médica á aliviar al enfermo.

El doctor Templeton, había viajado en los días de su juventud, y se había hecho en París uno de los sectarios más ardientes de las doctrinas de Mesmer. Únicamente por medio de los remedios magnéticos es cómo había conseguido aliviar los dolores agudos de su enfermo; y este éxito había muy naturalmente inspirado á este último cierta confianza en las opiniones que servían de base á estos remedios. Además, el doctor, como todos los entusiastas, había trabajado cuánto había podido por hacer de su pupilo un prosélito perfecto, y finalmente tan buen éxito obtuvo, que decidió al paciente á someterse á numerosas experiencias. Frecuentemente repetidas, produjeron un resultado que há largo tiempo se ha hecho bastante común para no atraer más que poco ó nada la atención, pero que en la época de que hablo, se había muy raramente manifestado en América. Quiero decir que entre el doctor Templeton y Bedloe se había establecido poco á poco una relación megnética muy distinta y muy fuertemente acentuada. Sin embargo, no tengo intención de afirmar que esta relación se extendiese más allá de los límites de la potencia somnifera, pero esta potencia misma había alcanzado una gran intensidad. Á la primera tentativa hecha para producir el sueño magnético, el discípulo de Mesmer fracasó completamente. Á la quinta ó sexta no obtuvo más que resultados muy imperfectos y después de esfuerzos porfiados. Sólo á la duodécima fué completo el triunfo. Después de ésta la voluntad del paciente sucumbió rápidamente bajo la del médico, tan bien que, cuando yo hice por primera vez su conocimiento, el sueño llegaba casi instantáneamente por un puro acto de volición del operador, aun cuando el enfermo no tuviese conciencia de su presencia. Sin embargo, solamente en el año 1845, cuando semejantes milagros han sido diariamente atestiguados por millares de hombres, me he atrevido á citar esta aparente imposibilidad como un hecho positivo.

El temperamento de Bedloe era en el más alto grado sensitivo, excitable, entusiasta. Su imaginación, singularmente vigorosa y creadora, sacaba sin duda una fuerza adicional del uso habitual del opio, que consumía en gran cantidad y sin el cual le hubiera sido imposible la existencia. Su costumbre era tomar una buena dosis inmediatamente después de su desayuno, cada mañana—ó más bien inmediatamente después de una taza de café muy cargado, porque no comía nada antes del mediodía,—y entonces partía solo, ó acompañado solamente de un perro, para un largo paseo á través de la cadena de salvajes y lúgubres alturas que corren al oeste y sur de Charlottesville, y que se han decorado aquí con el nombre de *Ragged Mountains* (1).

---

(1) Literalmente *Montañas rotas*; ramal de las *Montañas azules*, porción oriental de los Alleghany.



Un día sombrío, cálido y brumoso, hacia fines de Noviembre, y durante el extraño interregno de estaciones que llamamos en América el verano indio, M. Bedloe partió, según su costumbre, para las montañas. Pasó el día y no volvió.

Hacia las ocho de la noche, estando seriamente alarmados por esta ausencia prolongada, íbamos á ponernos en su busca, cuando reapareció inopinadamente, ni con mejor ni peor aspecto, y más animado que de costumbre. El relato que hizo de su expedición y de los acontecimientos que le habían retenido fué en verdad de los más singulares:

—Ustedes recordarán—dijo—que eran próximamente las nueve de la mañana cuando he dejado Charlottesvillle. He dirigido inmediatamente mis pasos hacia la montaña, y sobre las diez he entrado en una garganta que era enteramente nueva para mí. He seguido todas las sinuosidades de este paso con mucho interés. La escena que se presentaba por todas partes, aunque sin merecer el calificativo de sublime, tenía en sí un carácter indescriptible, y para mí delicioso, de lúgubre desolación. La soledad parecía absolutamente virgen. No podía menos de creer que los verdes céspedes y las rocas grises que yo hollaba jamás habían sido holladas por un pie humano. La entrada de la quebrada es tan completamente cerrada, y de hecho inaccesible, exceptuando á través de una serie de accidentes, que no era del todo imposible que fuese yo en verdad el primer aventurero, el primero y único que hubiese penetrado jamás en esas soledades.

La espesa y singular niebla ó humo que distingue al estío indio, y que se extendía entonces pesadamente sobre todos los objetos, profundizaba sin duda las impresiones vagas que estos objetos creaban en mí. Esta bruma poética era tan densa, que no podía ver más allá de una docena de yardas de mi ruta. Este camino era excesivamente sinuoso, y como era imposible ver el sel, había perdido toda idea de la dirección en que marchaba. Mientras tanto el opio había producido su efecto acostumbrado, que es revestir todo el mundo exterior de una intensidad de interés. En el temblor de una hoja, en el color de una brizna de yerba, en la forma de un trébol, en el zumbido de una abeja, en el brillo de una gota de rocío, en el suspiro del viento, en los vagos olores que venían de la selva, se producía todo un mundo de inspiraciones, una procesión magnífica y abigarrada de pensamientos desordenados y rapsódicos.

Completamente ocupado por estos sueños, marché muchas horas, durante las cuales la niebla se espesaba en mi derredor en grado tal que me ví reducido á buscar mi camino á tientas. Y entonces un indefinible malestar se apoderó de mí, una especie de irritación nerviosa y de temblor.—Temí avanzar, de miedo de ser precipitado en algún abismo. Me acordé también de extrañas historias sobre esas *Ragged Mountains*, y de razas de hombres valientes y salvajes que habitaban sus bosques y sus cavernas. Mil pensamientos vagos me oprimían y me desconcertaban, pensamientos cuya vaguedad les hacía todavía más dolorosos. Súbitamente mi atención fué atraída por un fuerte redoble de tambor.



Mi estupefacción, naturalmente, fué extrema. Un tambor en estas montañas era una cosa desconocida. No me hubiera sorprendido más por el sonido de la trompeta del Arcángel. Pero una nueva y más extraordinaria causa de interés y de perplejidad se manifestó. Oí aproximarse un zumbido salvaje, un fragor, como de un manojo de gruesas llaves, y en el mismo instante un hombre semi-desnudo, de faz atezada, pasó ante mí arrojando un grito agudo. Pasó tan cerca de mi persona que sentí el calor de su aliento en mi cara. Tenía en una mano un instrumento compuesto de una serie de anillos de hierro, y los sacudía vigorosamente corriendo. Apenas había desaparecido entre la bruma, que, jadeando detrás de él, con la gola abierta y los ojos chispeantes, se lanzó un enorme animal. No podía equivocarme sobre su especie: era una hiena.

La vista de este monstruo sublevó más bien que aumentó mis terrores, porque estaba bien seguro entonces de que soñaba, y me esforcé, me excité á mi mismo á despertar mi conciencia. Yo marchaba deliberada y resueltamente adelante. Me froté los ojos. Grité muy alto. Me pellizqué los miembros. Un pequeño manantial se había presentado á mi vista; me detuve allí y me lavé las manos, la cabeza y el cuello. Creí sentir disiparse las sensaciones equivocadas que me habían atormentado hasta entonces. Me parecía, cuando me levanté, que era un nuevo hombre, y proseguí firme y gustosamente mi ruta desconocida.

A la larga, completamente cansado por el ejercicio y por la pesadez opresiva de la atmósfera, me senté bajo un árbol. En aquel momento apareció un débil rayo de sol, y la sombra de las hojas del árbol cayó sobre el césped, ligera pero suficientemente definida. Durante algunos minutos me fijé en aquella sombra con admiración. Su forma me colmaba de estupor. Levanté los ojos. El árbol era una palmera.

Me levanté precipitadamente y en un estado de agitación terrible, porque la idea de que soñaba no era ya suficiente. Ví, sentí que tenía el perfecto uso de mis sentidos, y estos sentidos llevaban entonces á mi alma un mundo de sensaciones nuevas y singulares. El calor se hizo súbitamente insoportable. Un olor extraño llenaba la brisa. Un murmullo profundo y continuo, como el que se eleva de un río caudaloso, pero corriendo regularmente, llegó á mis oídos, mezclado con el zumbido particular de una multitud de voces humanas.

Mientras que escuchaba, con un asombro que es inútil os describa, un fuerte y rápido golpe de viento levantó, como una varilla de mago, la bruma que cubría la tierra.

Me encontré al pie de una alta montaña que dominaba una vasta llanura, á través de la que corría un majestuoso río. Al borde de este río se elevaba una ciudad de aspecto oriental, tal como vemos en las *Mil y una Noches*, pero de un carácter todavía más singular que ninguna de las que allí se describen. Desde mi posición, que estaba muy por encima del nivel de la ciudad, podía yo perci-



bir todos sus rincones y todos sus ángulos, como si hubiesen estado dibujados sobre un plano. Las calles parecían innumerables y se extendían irregularmente en todas direcciones, pero semejando menos á calles que á largos paseos contorneados, y hormigueando literalmente de habitantes. Las casas eran extrañamente pintorescas. Por todas partes había un verdadero desorden de balcones, de barandas, de minaretes, de nichos y de torrecillas fantásticamente recortadas. Los bazares abundaban; las más ricas mercancías se desplegaban allí con una variedad y una profusión infinitas; sedas, muselinas, la cuchillería más deslumbrante, diamantes y joyas magníficas. Al lado de estas cosas, se veían por todas partes pabellones, palanquines, literas en que iban magníficas damas severamente veladas, elefantes fastuosamente caparazonados, ídolos grotescamente tallados, tambores, banderas y gongos, lanzas, rompe-cabezas dorados y plateados. Y entre la multitud, el clamor, la mezcla y la confusión generales, entre un millón de hombres negros y amarillos, con turbante y traje talar, con la barba flotante, circulaba una multitud innumerable de bueyes santamente engalanados, mientras que legiones de monos sucios y sagrados saltaban, parloteaban y chillaban, sobre las cornisas de las mezquitas, ó se suspendían de los minaretes y torrecillas. Calles hormigueantes á los malecones del río descendían por innumerables escaleras que conducían á baños, mientras que el mismo río parecía abrirse con pena un paso á través de las vastas flotas de embarcaciones sobrecargadas que atormentaban su superficie en todos sentidos. Más allá de los muros de la ciudad se elevaban frecuentemente, en grupos majestuosos, la palmera y el cocotero, con otros árboles añosos, gigantescos y solemnes; y acá y allá se podía percibir un campo de arroz, la choza de rastrojo de un campesino, una cisterna, un templo aislado, un campo de Gypsias, ó una graciosa niña siguiendo su camino, con un cántaro en la cabeza, hacia las orillas del magnífico río.

Ahora, sin duda, ustedes dirán que yo soñaba, pero de ningún modo. Lo que yo veía, lo que yo oía, lo que yo sentía, lo que yo pensaba, no tenía nada en sí de la idiosincrasia no desconocida del sueño. Todo se presentaba lógicamente y constituyendo realidad. Primero, dudando si estaba realmente despierto, me sometí á una serie de pruebas que me convencieron bien pronto de que lo estaba realmente. Ahora bien, cuando alguno sueña, y en su ensueño supone que sueña, la suposición no deja jamás de confirmarse, y el durmiente es casi inmediatamente despertado. Así Novalis no se equivoca diciendo que *estamos cerca de despertarnos cuando soñamos que soñamos*. Si la visión se me hubiese ofrecido tal como la he descrito, sin que yo hubiese supuesto ser un sueño, entonces hubiera podido ser simplemente un sueño; pero, presentándose como he dicho, y no creída y comprobada como lo fué, me veo obligado á clasificarla entre otros fenómenos.

—En esto, no afirmo que se haya usted engañado—observó el doctor Templeton.—Pero adelante. Usted se levantó y descendió á la ciudad.



—Me levanté—continuó Bedloe, mirando al doctor con aire de profundo asombro—me levanté, como usted dice, y descendí á la ciudad. En mi camino, dí en medio de un inmenso populacho que llenaba las avenidas, dirigiéndose todo él en el mismo sentido, y demostrando en su accionado la más extraordinaria animación. Súbitamente, y bajo no sé qué presión inconcebible, me senti profundamente penetrado de interés personal en lo que iba á suceder. Creí sentir que yo tenía un papel importante que desempeñar, sin comprender exactamente cuál fuera. Contra la multitud que me rodeaba experimenté todavía un profundo sentimiento de animosidad. Me aparté del centro de aquella batahola, y rápidamente, por un camino circular, llegué á la ciudad y entré. Se hallaba presa del tumulto y de la más violenta discordia. Un pequeño destacamento de hombres uniformados mitad á lo indio, mitad á la europea, y mandados por *gentlemen* que llevaban un uniforme en parte inglés, sostenía un combate muy desigual contra el populacho hormigueante de las avenidas. Me uní á aquella débil tropa, así las armas de un oficial muerto, y golpeé al azar con la ferocidad nerviosa de la desesperación. Bien pronto fuímos deshechos por el número y obligados á buscar un refugio en una especie de kiosco. Allí nos atrincheramos, y estuvimos, por el momento, en seguridad. Por una tronera, cerca del tejado del kiosco, apercibí una vasta muchedumbre que en agitación furiosa, rodeaba y asaltaba un bello palacio que dominaba al río; y en el propio momento por una ventana superior del palacio, descendió un personaje de apariencia afeminada, por medio de una cuerda hecha con los turbantes de sus criados. Un barco estaba preparado, en el cual se escapó hacia la ribera opuesta del río.

Y entonces un nuevo objeto tomó posesión de mí alma. Dirigí á mis compañeros algunas palabras precipitadas, pero enérgicas, y, habiendo podido unir algunos á mi deseo, hice una salida furiosa fuera del kiosco. Nos precipitamos sobre la turba que lo asediaba. Primero huyeron ante nosotros. Se rehicieron, combatieron como furiosos é hicieron una nueva retirada. Sin embargo, habíamos sido arrastrados lejos del kiosco, y estábamos perdidos y embarazados en calles estrechas, sofocadas por altas casas, en cuyo fondo el sol no había jamás enviado su luz. El populacho se oprimía impetuosamente sobre nosotros, nos hostigaba con sus lanzas, y nos abrumaba con sus nubes de flechas. Estas últimas eran notables y semejaban en cierto modo á los kris retorcidos de los malayos, imitando el movimiento de una serpiente que anda, largas y negras, con la punta envenenada. Una de ellas me hirió en la sién derecha. Giré sobre mí mismo, caí. Un mal instantáneo y terrible se apoderó de mí. Me agité, me esforcé para respirar... morí.

—Sin duda no se obstinará usted—dije yo sonriendo—en creer que toda su aventura no es un sueño? ¿Está usted decidido á sostener que está muerto?

Cuando hube pronunciado estas palabras, esperé alguna feliz salida de



Bedloe, á modo de réplica; pero, con gran asombro mío, balbuceó, tembló, se puso terriblemente pálido, y guardó silencio. Levanté los ojos hacia Templeton. Se mantenía derecho y rígido sobre su silla; sus dientes crugían, y sus ojos saltaban de sus órbitas.

—Continúe usted—dijo al fin á Bedloe, con voz ronca.

—Durante algunos minutos—prosiguió este último—mi sola impresión, mi única sensación, fué la de la noche y del no ser, con la conciencia de la muerte. A la larga, me pareció que una sacudida violenta y súbita como la electricidad atravesaba mi alma. Con esta sacudida vino el sentido de la elasticidad y de la luz. Cuanto á esta última, la sentí, no la ví. En un instante, me pareció que me elevaba de la tierra; pero no poseía mi presencia corporal, visible, oíble ó palpable. La multitud se había retirado. El tumulto había cesado. La ciudad estaba comparativamente calmada. Por debajo de mí yacía mi cuerpo, con la flecha en la sien, toda la cabeza grandemente hinchada y desfigurada. Pero todas estas cosas, yo las sentía, no las veía. Nada me produjo interés. Y hasta el cadáver me parecía un objeto con el que nada tenía de común. No tenía voluntad alguna, pero me parecía que estaba puesto en movimiento y que me alejaba ligeramente fuera del recinto de la ciudad por el mismo circuito que había tomado para entrar. Cuando hube alcanzado, en la montaña, el sitio de la quebrada donde había encontrado la hiena, experimenté de nuevo un choque como el de una pila galvánica; el sentimiento de la pesantez, el de la volición, el de la sustancia reentraron en mí. Me volví yo mismo, mi propio individuo, y dirigí vivamente mis pasos hacia mi casa; pero lo pasado no había perdido la energía viviente de la realidad, y todavía ahora no puedo constreñir mi inteligencia, ni por un minuto, á considerar todo esto como un sueño.

—No lo era—dijo Templeton, con aire de profunda solemnidad;—pero sería difícil decir qué otro término definiría mejor el caso en cuestión. Supongamos que el alma del hombre moderno está al borde de algunos prodigiosos descubrimientos psíquicos. Contentémonos con esta hipótesis. En cuanto á lo demás, tengo algunas aclaraciones que dar. Ha aquí una pintura á la acuarela que les habría enseñado á ustedes, si un indefinible sentimiento de horror no me lo hubiese impedido hasta ahora.

Miramos la pintura que nos presentaba. Yo no ví en ella ningún carácter muy extraordinario; pero su efecto sobre Bedloe fué prodigioso. Apenas la hubo mirado, estuvo á punto de desvanecerse. Y sin embargo no era más que un retrato en miniatura, un retrato maravillosamente acabado, á decir verdad, de su propia original fisonomía. Al menos tal fué mi pensamiento mirándole.

—Ustedes verán la fecha de la pintura—dijo Templeton;—está ahí, apenas visible, en ese rincón, 1780. En ese año se hizo la pintura. Es el retrato de un amigo difunto—un M. Oldeb—á quien yo me uní muy vivamente en Calcuta,



durante la administración de Warren Hastings. Yo no tenía entonces más que quince años. Cuando vi á usted por primera vez, Sr. Bedloe, en Saratoga, la milagrosa similitud que existía entre usted y el retrato fué lo que me determinó á buscar su amistad y á preparar las circunstancias que hicieron de mí su compañero perpetuo. Obrando así, era impulsado en parte, y tal vez principalmente, por los recuerdos llenos de pena del difunto, pero también por otra parte por una curiosidad inquieta respecto á usted, y no desprovista de cierto terror.

En el relato de la visión que se ha presentado á usted en las montañas, ha descrito usted, con los detalles más minuciosos, la ciudad india de Benares, sobre el Río Santo. Los tumultos, los combates, la matanza, eran los episodios reales de la insurrección de Cheyte-Sing, que tuvo lugar en 1780, cuando Hastings corrió los mayores peligros por su vida. El hombre que se escapó por la cuerda hecha de turbantes, era Cheyte-Sing mismo. La tropa del kiosco estaba compuesta de cipayos y de oficiales ingleses, Hastings á su cabeza. Yo formaba parte de esta tropa, é hice todos mis esfuerzos para impedir esa imprudente y fatal salida del oficial que cayó en el tumulto bajo la flecha envenenada de un bengalé. Este oficial era mi más querido amigo. Era Oldeb. Ustedes verán por este manuscrito, —aquí el narrador produjo un libro de notas, en el que algunas páginas parecían de fecha muy reciente,—que, mientras usted *pensaba* esas cosas en medio de la montaña, yo estaba ocupado aquí, en casa, en describirlas sobre el papel.

Una semana próximamente después de esta conversación, el artículo siguiente apareció en un periódico de Charlottesville:

«Doloroso deber es para nosotros anunciar la muerte de M. Augusto Bedlo, un gentleman cuyas maneras encantadoras y numerosas virtudes habíale hecho caro á los ciudadanos de Charlottesville.

»M. B., desde algunos años, sufría de una neuralgia que frecuentemente había amenazado concluir fatalmente; pero no puede ser considerada más que como la causa indirecta de su muerte. La causa inmediata fué de un carácter singular y especial. En una excursión que hizo á las *Ragged Mountains*, hace algunos días, contrajo un ligero reuma con fiebre, que fué seguido de un gran aflujo de sangre á la cabeza. Para aliviarle, el doctor Templeton recurrió á la sangría local. Se aplicaron sanguijuelas á las sienes. En un plazo espantosamente corto el enfermo murió y se apercibió entonces que en el bocal que contenía las sanguijuelas había sido introducida por azar una de esas sanguijuelas vermiculares venenosas que se encuentran alguna vez en los estanques circunvecinos. Este animal se fijó por sí mismo sobre una arteriola de la sien derecha. Su extrema semejanza con la sanguijuela medicinal hizo que el engaño fuese descubierto demasiado tarde.

»N. B. — La sanguijuela venenosa de Charlottesville puede siempre distinguirse de la sanguijuela medicinal por su negrura, y especialmente por sus contorsiones ó movimientos vermiculares, que semejan mucho los de una serpiente.»



Me encontré con el editor del periódico en cuestión, y hablábamos de este singular accidente, cuando me ocurrió la idea de preguntarle por qué había impreso el nombre del difunto con la ortografía: *Bedlo*.

—Presumo—dije—que usted tiene alguna autoridad para ortografiarlo así; yo siempre he creído que se debía escribir con una *e* final.

—¿Autoridad? No—replicó.—Es un simple error del tipógrafo. El nombre es Bedloe, con una *e*; es conocido de todo el mundo, y jamás lo he visto escrito de otro modo.

—Puede, pues, suceder—murmuraba yo para mí mismo, cuando giraba sobre mis talones—que una verdad sea más extraña que todas las ficciones; porque Bedlo sin *e*, ¿es otra cosa que Oldeb vuelto al revés? Y este hombre me dice que es una errata tipográfica!

Traducción de

JUAN JUSTE.

Villanueva de Gállego, Junio 1887.

---

## LA RELIGIÓN LAICA

---

La Religión Laica es la Religión Natural ó Universal.

*No impone credos, dogmas, fórmulas, ni milagros, ni pastores.*

Quiere que el hombre sea sacerdote de sí mismo.

Admite el culto, la enseñanza de la verdad en común, y que los hombres vivan unidos en su dicha y su desgracia, en sus decepciones y esperanzas.

Siendo la libertad y la fraternidad solidarias en algunos de sus fines, el CULTO PUEDE VARIAR Y SER MÁS Ó MENOS RESTRINGIDO. Algunos laicistas quieren asociar á la enseñanza doctrinal, de la moral y de la filosofía, el arte, la poesía, la música, la buena dicción, las elevaciones espirituales, las lecturas de las mejores páginas de libros sagrados del Oriente y del Occidente, antiguos y modernos, la celebración de los grandes actos de la vida: como el nacimiento, el matrimonio y la muerte; porque dicen que así se santifica la vida integral. Otros son más ENTUSIASTAS POR LA ADORACIÓN EN ESPÍRITU.

La Religión Laica es la Religión de la solidaridad, de la filosofía, de la ciencia, de la razón, la Religión natural, la de todos los grandes Iniciados en las leyes del orden social de los filántropos, de los theistas, de los espiritualistas, de los cristianos, de los socialistas, de los filósofos, de todos los conscientes de sus actos, *la Religión sin clero, sin misterios ni milagros*, y CON CASA Ó SIN ELLA, y sobre todo *la Religión del Progreso y del Bien*.

El hombre tiene necesidad de Dios, de Religión y de culto en una ú otra forma más ó menos espiritual; porque también es culto la caridad, el socorro al enfermo, el estudio, el trabajo en bien del hermano, la comunidad de pensamientos, la honra á los grandes hombres, la oración, la moralización del ignorante, las reuniones y congresos con fin humanitario. Tiene el hombre estas necesidades, porque tiene también las necesidades del apoyo mutuo, de la justicia, del amor, de la amistad, de la solidaridad y sociabilidad progresivas.

Por eso todos los sabios, todos los reformadores, todos los fundadores de naciones fuertes y poderosas han sido hombres religiosos.



## CRÓNICA

El «Centro Barcelonés de Estudios Psicológicos» nos ha pasado la siguiente circular para que la publiquemos:

*Señor Director de la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS:*

Respetable y querido hermano: esta Sociedad acordó en sesión de 25 Junio próximo pasado lo siguiente:

1.º Crear una clase nocturna primaria elemental, de la cual puedan disfrutar gratis todos los socios.

2.º Al objeto de subvenir á las atenciones y gastos que la misma ha de originar, formar un álbum donde se recojan cantidades y las firmas de los donantes.

3.º Nombrar una comisión, la cual viene obligada á girar visitas domiciliarias entre las personas filantrópicas y amantes de la instrucción, á fin de desarrollarla, fomentarla y ampliarla.

4.º Los fondos que á este objeto se recauden no podrán invertirse en otras cosas.

5.º Hacer un cuadro con los nombres de los individuos que cooperen á tan elevado objeto, el cual se denominará «Patronato de instrucción.»

6.º Procurar que estas clases se abran en Setiembre, en cuya época y al reanudarse las conferencias se celebre una velada literaria en celebración del acto inaugural.

Por lo tanto, si usted cree conveniente abrir una suscripción á este objeto en la REVISTA que usted tan dignamente dirige, le anticipa las gracias su hermano en creencia—El Presidente, *Facundo Usich*.

\* *El mundo al revés.* ¡Cosa extraña! las conquistas del Evangelio, de las que vive el pueblo moderno, las rechazan los curas. Los principios nuevos, las ideas de libertad, igualdad, fraternidad, tolerancia... que los apóstoles sembraron en la conciencia humana, han sido rechazadas por Roma, el día que han crecido y florecido en el terreno social. De manera que la sociedad civil es, de hecho, sin saberlo, más cristiana que la sociedad llamada religiosa: esto es el mundo al revés.—*Balanche*.

\* Se ha recibido en esta administración un opúsculo de 45 páginas titulado *La lumière sur le sentier*, por M. C., miembro de la Sociedad Theosophique: cuesta una peseta en la librería de Georges Carré, librero, Boulevard Saint-Germain, París.

\* Entre las cartas de *Pétrarque*, hay una fechada en Lieja en 1327, que manifiesta lo que era entonces la ciudad tan entregada hoy á las cosas de la inteligencia.

«Figuraos y después reíos, dice el célebre poeta, que en esta hermosa ciudad »bárbara, hemos pasado todas las penas del mundo para encontrar alguna cosa »que pudiera servir de tinta, y esta es todavía como el barro.»—*Anuario popular*.

\* La revolución realmente eficaz es la que dará la forma al porvenir; será una revolución religiosa y moral.—*Renan*.

\* Por causas ajenas á nuestra voluntad, la REVISTA de Junio se repartió con algún atraso; suplicamos á nuestros abonados que nos dispensen.

---

## ANUNCIO

Doña Matilde Fernández viuda de Ras, con títulos profesionales español y francés, continúa dando lecciones á domicilio y se encargará de la educación de algunas señoritas, enseñándolas además, en cuanto á religión, la moral universal, si quieren los padres. Darán razón en esta Administración: Consejo de Ciento, 412, 1.º, 2.º.

---

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO y C.ª (Calle Pallars-Salón de S. Juan)